

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
PRÓLOGO	11
PREFACIO	15
 CAPÍTULO 1	
DE POR QUÉ LOS MEXICANOS RECHAZAN LOS RASCACIELOS Y SON MALOS PARA EL FÚTBOL	39
 CAPÍTULO 2	
POR FIN: UNA CLASE MEDIA MEXICANA	83
 CAPÍTULO 3	
VÍCTIMAS Y ENEMIGOS DEL CONFLICTO Y DE LA COMPETENCIA	133
 CAPÍTULO 4	
POR FIN, UNA DEMOCRACIA MEXICANA	179
 CAPÍTULO 5	
EL PODER DEL PASADO Y EL MIEDO A LO EXTRANJERO	213
 CAPÍTULO 6	
POR FIN: ¿UNA SOCIEDAD ABIERTA, UNA ECONOMÍA ABIERTA, UNA MENTE ABIERTA?	255

CAPÍTULO 7	
LEYES ILUSORIAS Y CINISMO SIN LEY	293
CAPÍTULO 8	
¿EL IMPERIO DE LA LEY, O LA LEY DEL REY?	327
CAPÍTULO 9	
EL FUTURO EN TIEMPO REAL	373
ÍNDICE ANALÍTICO	409

AGRADECIMIENTOS

Se imponen varios agradecimientos. A mi agente y amigo, Willi Schavelzon, por su paciencia y diligencia; a Fernando Esteves y Patricia Mazón, mis editores en Santillana Ediciones Generales de México, por su aguante; a mis asistentes de investigación: Lourdes Zozaya, Dafne Tovar Muñoz, Andrea Ballesteros, Elisa Estrada y Mariana Celorio, por su seriedad y precisión; a José Alberro, por haber tratado de evitarme errores garrafales en materia estadística; y sobre todo a Emma Vassallo, casi coautora del libro e investigadora incansable y exacta. Agradezco también a quienes leyeron el manuscrito en su totalidad, lo deshicieron y lo mejoraron: Dudley Ankerson, Cassio Luiselli, Joel Ortega y Federico San Román. Y muy especialmente a Manuel Rodríguez, que lo leyó dos veces y lo revisó con el mismo cuidado como si fuera propio, y a Alan Riding, cuyas correcciones al original en inglés contribuyeron enormemente a que el texto en castellano fuera ligeramente más legible. Y también le agradezco a todos aquellos que leyeron partes del manuscrito, y me ofrecieron consejos, críticas y sugerencias que traté de atender en la medida de mis posibilidades: Claudio Lomnitz, Andrea Oñate, Andrés Rozental, Guillermo Sheridan y Marcela Tovar. Dos últimos agradecimientos: a Ángeles Mastretta, por haber descuidado su acostumbrada sopa de hongos a favor de su igualmente

acostumbrada lluvia de ideas perspicaces y haber inspirado el título en castellano, y a Alejandra Zerecero que leyó, revisó, investigó y editó todo lo que humanamente se pudo, y soportó mis múltiples humores y manías.

JORGE G. CASTAÑEDA

PRÓLOGO

Este libro fue escrito originalmente en inglés y traducido al castellano por Valeria Luiselli; después sufrió un proceso de tropicalización que incluyó el injerto de una buena dosis de voz del autor en el texto de la traductora. Las razones de esta secuencia en apariencia contra natura son sencillas: mi editorial en castellano es más generosa que la norteamericana, y el costo de traducir del inglés al español es menor que el precio del camino contrario. Y como escribo igual de mal en inglés que en castellano, concluí que el orden de los idiomas no alteraba el producto de la escritura.

Fue escrito también en un principio pensando más en el lector estadounidense que mexicano o español, también por un simple motivo: abundan los excelentes trabajos en México que se han propuesto explicar en tiempos recientes el misterio de los mexicanos, así como el origen de nuestros retos y frustraciones, de nuestra adversa andanza hacia la modernidad, y las paradojas de nuestro presente y futuro. Pero con la excepción de algunos textos breves y parciales, desde 1985 no ha aparecido en Estados Unidos un intento totalizante y actualizado de comprensión del enigma del México moderno, atiborrado de potencial y desencanto en la misma proporción. Me parecía que en un momento en que el país se encuentra cada vez más acoplado al acontecer norteamericano —en lo económico, en su seguridad, en lo cultural e internacional— convenía ofrecerle al público del norte una visión mexicana de las

vicisitudes nacionales y de las posibles raíces de las mismas. Repito: *una* visión mexicana, no *la* visión mexicana, ya que, afortunadamente, el falso consenso del *ancien régime* ha pasado a mejor vida.

He tratado de adaptar el texto lo más posible para el lector mexicano, desde lo obvio —no explicar quien es Octavio Paz, Carlos Fuentes, Carlos Slim o Lázaro Cárdenas— hasta lo más difícil: tomar en cuenta el conjunto de tesis, opiniones, discusiones y polémicas recientes sobre el país, no tanto sobre el conjunto de planteamientos formulados en el libro. Por definición, una tentativa de esta naturaleza nunca puede ser exitosa o exhaustiva, y faltarán infinitud de referencias.

Entre el día que terminé de escribir y la publicación simultánea en México y en Nueva York, en inglés y en español en ambos países, surgieron en México una buena cantidad de documentos que apuntan todos en la misma dirección fundamental por la cual se orienta este libro. Alcancé a tomar en cuenta y citar algunos en el propio texto, pero sin hacerles realmente justicia; otros salieron a la luz después del cierre de ésta obra.

Tienen dos hilos conductores: la emergencia de una sociedad mayoritariamente de clases medias, y el recurso a —o la indagación de— explicaciones culturales del carácter nacional, de los sueños, aspiraciones o valores de los mexicanos para entender lo que sucede en el país. Entre los textos que han enfatizado la dimensión, el crecimiento y las características de la clase media en México destacan «Clasemediero: pobre no más, desarrollado aún no», de Luis de la Calle y Luis Rubio; «¿En que medida es clase media América Latina?» de la OCDE; el texto publicado en la revista *Nexos* de mayo de 2010, «Clasemedieros: una mayoría silenciosa»; «México 2010: el juicio del siglo», de María Amparo Casar y Guadalupe González (eds); en particular los ensayos de Héctor Aguilar Camín y Federico Reyes Heróles. Entre los estudios sobre valores y actitudes de los mexicanos sobresalen el ingenioso libro de Agustín Basave,

Mexicanidad y Esquizofrenia; el estudio/encuesta de Manuel Rodríguez Woog en el número de febrero, 2011, de la revista *Nexos*, «El mexicano ahorita: retrato de un liberal salvaje»; el de CIDAC, «Encuesta Valores: diagnóstico axiológico», de febrero 2011; y el de la Fundación Este País y Banamex, «Encuesta Nacional de Valores. Lo que une y lo que divide a los mexicanos», 2010.

Estos esfuerzos, cada uno a su manera, convergen con nuestra idea central: la llegada de México a una cierta modernidad (economía abierta, clase media mayoritaria, democracia representativa) choca contra la permanencia de los principales rasgos del carácter nacional mexicano, identificados por los autores clásicos, medidos y refinados por encuestas e innumerables estudios de terreno a lo largo de los últimos decenios. Ese choque, de acuerdo con los colegas en cuestión, ha desatado una crisis cultural y psicológica en la mente del mexicano. Las creencias, los tabús, los usos y costumbres, la educación y los atavismos mexicanos se desvanecen; nada los suple aún. La historia común, construida como todas las historias, coadyuvó enormemente a construir una nación. Hoy estorba su acceso a una modernidad esquivada, hasta en el uso de la palabra misma. Cada quien saca sus propias conclusiones del enorme acervo de información con el que contamos; pero todos de alguna forma convenimos en la vigencia y fuerza del actual atolladero. Lamento no haber tenido mayor acceso, con más tiempo, a estos hallazgos y obras; me congratulo comprobar que iba por buen camino, bien acompañado.

La tercera y última advertencia que debe quedar en manos del lector se refiere a los datos. Al cerrar la última revisión del manuscrito en inglés fue posible incorporar a este texto algunas cifras de 2010 y varias del Censo del mismo año, pero la gran mayoría de las estadísticas de ese año (PIB, ENIGH, pobreza, construcción de viviendas, ventas de automóviles, entrega de tarjetas de crédito, número de celulares en circulación, penetración de internet, etcétera)

no salen sino hasta mediados del 2011. De tal suerte que muchos números aquí incluidos conciernen al 2010, un año especialmente malo para la economía y la sociedad mexicanas. Como sabemos que buena parte de lo perdido en el año de la crisis se recuperó en el siguiente, en muchos casos los datos de 2008 son los más cercanos a una realidad mexicana «normal»: ni tan malos como un muy mal año, ni tan buenos como uno muy bueno.

Conviene, por último, añadir un breve párrafo de reconocimiento intelectual (los agradecimientos personales aparecen en la página correspondiente). Lo que valga de este libro se inspira en largas conversaciones celebradas a lo largo de los últimos años con un pequeño grupo de amigos de quienes he aprendido de vivienda y reforma agraria, de ricos y pobres, de encuestas y leyes (o la falta de las mismas), de política y sociedad. Además de su amistad, me han brindado su conocimiento, su sensibilidad y su inteligencia. En orden alfabético, gracias: Héctor Aguilar Camín, Gonzalo Aguilar Zinser, Fabián Aguinaco, Santiago Corcuera, Rolando Ocampo, Joel Ortega, Federico Reyes Heróles, Manuel Rodríguez Woog y Pedro Saez.

PREFACIO

Pocos países como México le han dedicado tanta energía y tanto tiempo a diseccionar y debatir, alabar y denostar el «carácter nacional». Nuestra obsesión por quiénes somos y por qué somos de tal o cual modo, ha sido constante y parece no tener fin. El «alma mexicana» ha ocupado la atención de poetas, novelistas, pintores, antropólogos, sociólogos, periodistas y políticos de un modo casi patológico. Todos han querido encontrar la Piedra de Rosetta que finalmente decodifique y revele el diamante en bruto de la identidad mexicana que tanto atrae a los entusiastas, desilusiona a los escépticos y fascina —y frustra— a los académicos. Pero la obsesión no es sólo nuestra. La lista de miradas extranjeras que se han dirigido a México también es larga: desde Ambrose Bierce hasta Walter Lippman, de Cartier Bresson a Jaques Soustelle, de D. H. Lawrence a Graham Greene, de Oscar Lewis a Tina Modotti, Edward Weston, Bruno Traven y Leon Trotsky, de Sergei Eisenstein a Luis Buñuel y Elia Kazan, de John Reed a Jean Le Clezio.

Pero éste no es un libro sobre el carácter nacional de los mexicanos en general, sino sobre algunos de sus rasgos particulares más distintivos. Es un libro sobre el origen y las consecuencias de un puñado de características que nos definen, y sobre el conflicto entre éstas y la realidad cotidiana de nuestra sociedad contemporánea. Que se ha distanciado, cada vez más, de la serie inicial de rasgos que hicieron de México un país tan entrañable y a la vez

frustrante para los mexicanos, pero también para viajeros y aventureros de fuera. El libro pretende explicar por qué los mismos rasgos nacionales que sirvieron para construir el país, ahora obstruyen su camino hacia un futuro y una modernidad más sólidos. Ciertamente, en un país tan diverso como México, pueden antojarse triviales o incluso peligrosas generalizaciones de esta índole, y un debate en torno a algo tan vasto y general como el carácter nacional encierra limitaciones evidentes. Pero es innegable que la geografía, así como la cultura e historia que compartimos crearon una serie de características comunes; la discusión sobre el alcance y las insuficiencias de la una y de las otras pertenece al farragoso ámbito académico y lo deseo evitar a toda costa. Hace no mucho, en 2007, Alan Knight, el excepcional historiador británico de la Revolución Mexicana, señaló las dificultades y contradicciones implicadas en trabajar con nociones como el «carácter nacional», y su preferencia por términos como «identidades nacionales objetivas y subjetivas». No tenemos gallo en esa pelea, y aquí me limitaré a utilizar los términos que se suelen utilizar, en el lenguaje común, muchas veces de modo intercambiable.¹

Los rasgos que se abordarán aquí no son los estereotipos ofensivos muchas veces asociados con el carácter del mexicano —pereza, apatía, irresponsabilidad, violencia—, ni tampoco conductas y actitudes comúnmente ligadas a los mexicanos pero que, en definitiva, no se restringen a ellos: el machismo, una noción «distinta» del tiempo, o ese sentimiento de autenticidad y excepcionalidad encarnado en la «raza cósmica». Además, la contradicción entre algunos rasgos del carácter mexicano y la realidad actual del país no es, de ninguna manera, el único impedimento para acceder a la modernidad plena. Pero sí es, en mi opinión, el mayor obstáculo que enfrentamos. Otros autores han puesto el acento sobre la falta de tradición democrática, la corrupción, la monumental inequidad en la concentración de poder y riqueza, el impacto negativo

de tener un vecino como el que tenemos, o bien, al revés, lo mal que hemos explotado los beneficios potenciales de nuestra cercanía geográfica con Estados Unidos. Todo importa; sin embargo, el propósito de este ejercicio es, como habría dicho The Dude, en *The Big Lebowski* de los hermanos Coen, determinar qué es lo que «amarra las distintas partes del cuarto» («Ties the room together»). Se trata de la desconexión entre algunos rasgos del carácter nacional y la realidad actual del país.

Este libro está organizado como una serie de contrastes y confrontaciones temáticas. Un capítulo busca explorar, describir y corroborar un rasgo en particular del carácter mexicano; el siguiente intenta confrontar dicho rasgo con alguna característica del México moderno que lo contradice. En esta lógica de contrastes, la idea es demostrar por qué una característica en particular ya no resulta viable en el México de hoy y, peor aún, por qué impide el desarrollo del país. Cada rasgo se deriva de tres «fuentes de sabiduría» muy diferentes entre sí: los «clásicos», los números y la experiencia personal del autor. Lo que hace que esas tres fuentes sean apropiadas y útiles es, precisamente, su origen diverso.

Para empezar, los «clásicos». Como ya dije, en pocos países se ha empeñado tanto trabajo, vertido tanta inteligencia, dedicado tanta especulación e introspección, como en México, al problema de la identidad nacional. Lo mismo hace un siglo que una década atrás, el «alma mexicana» ha asediado a poetas como Ramón López Velarde y Octavio Paz; novelistas como Martín Luis Guzmán y Carlos Fuentes; ensayistas como Jorge Cuesta, Alfonso Reyes, Samuel Ramos y Salvador Novo, dramaturgos como Rodolfo Usigli; psicoanalistas como Santiago Ramírez y Jorge Portilla; antropólogos como Manuel Gamio, Miguel León-Portilla, Roger Bartra, Mauricio Tenorio Trillo y Claudio Lomnitz, o hasta sociólogos como Guillermo Bonfil e historiadores como Edmundo O'Gorman. Estos «clásicos» de la tradición intelectual mexicana

han dedicado innumerables páginas a discusiones y polémicas altamente especializadas —en ocasiones arcanas—, y en la mayoría de los casos han estado en desacuerdo en los detalles, coincidiendo sin embargo en el mismo objeto de estudio: lo mexicano. Sin duda no se puede amalgamar a todos estos autores en un mismo saco teórico descriptivo, pero desde un punto de vista externo al de las esferas especializadas, resulta claro que comparten suficientes conclusiones para formar algún tipo de consenso. A lo largo de los próximos capítulos, seleccionaré y discutiré algunos de los rasgos del carácter mexicano que también ellos han señalado —sin soslayar, por supuesto, que existen muchos otros en torno a los cuales falta unanimidad. En muchos sentidos, aunque no en todos, al confrontar sus tesis con la realidad actual, los «clásicos» acertaron.

Segunda fuente: existe una cantidad abrumadora de datos y cifras que los «clásicos» no utilizaron a la hora de escribir sus teorías y desarrollar sus intuiciones, pero que los hubiesen ayudado de tenerlos a la mano. No es que los «clásicos» basaran sus análisis en hablaturías o impresiones meramente personales —hubo algo de eso, pero también mucha intuición, viajes, estudios, experiencias significativas. La sociedad mexicana era, por lo menos hasta mediados de los años ochenta del siglo xx, bastante opaca desde casi cualquier punto de vista. En los últimos veinte años, sin embargo, se han realizado innumerables censos, encuestas, conteos, grupos de enfoque y estudios especializados, financiados y llevados a cabo por empresas públicas y privadas, universidades, firmas de *marketing*, consultores políticos, partidos y hasta instancias internacionales. Hace muy poco tiempo que el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), fundado en 1985, comenzó a compilar suficientes datos para permitir comparaciones históricas; las encuestas nacionales sobre ingresos y gastos de los hogares tienen menos de treinta años. Después de muchos años de vivir sin encuestas, salvo aquellas realizadas por motivos de *marketing* —¿por

qué preocuparse por encuestas electorales cuando no había elecciones verdaderas?—, México se convirtió en el paraíso de los encuestadores gracias, en parte, a la llegada de la modernidad y la democracia, pero también a cierto narcisismo nacional. No hay comparación posible entre la información al alcance de los «clásicos» —incluso los más recientes— y aquella disponible hoy para cualquier estudiante o candidato a un puesto de elección popular. Que no siempre se pueda comparar fácilmente o con precisión es otra cosa: las series no son uniformes, los cotejos regionales pocas veces están bien hechos, si es que existen; y, desafortunada e inevitablemente, hay una gran cantidad de información que sirve a los intereses personales de algunos, filtrada y seleccionada precisamente para responder a preguntas inducidas o cuyas respuestas ya se conocen. Abundan las dudas y objeciones válidas en torno a la confiabilidad de algunas empresas encuestadoras del país, sobre todo en vista de su relativamente corta trayectoria y falta de experiencia. Esto explica por qué muchas veces nos referimos a varias encuestas a la vez, y por qué las cifras que citamos siempre deben ser vistas como indicadores de tendencias y no como mediciones precisas. Con todo, este acervo de datos duros le brinda a las especulaciones de los «clásicos» el tipo de solidez estadística de la que fueron, al menos en parte, privados. Las cifras que hoy tenemos a la mano hubieran terminado de corroborar o, al contrario, de desmentir las teorías y especulaciones de los «clásicos».

Por último, mi propia experiencia. Como tantos otros de mis compatriotas del pasado, presente y posible futuro, durante muchos años me he encontrado en una posición liminar —ese extraño adentro/afuera— que se presta a la eterna ambivalencia, pero que permite un tipo de mirada o enfoque que difícilmente logran quienes se hallan demasiado lejos de la realidad nacional o, a la inversa, sumergidos en su vorágine cotidiana. Más de once millones de mexicanos nacidos en México viven en el extranjero; de 300

a 400 mil abandonan el país cada año; muchos de los empresarios, intelectuales, científicos, escritores y artistas más destacados de México estudian, trabajan y se vuelven exitosos fuera de su lugar de origen. Pero con la excepción de unos pocos —a quienes por lo demás no pretendo emular— estos mexicanos destacados y a la vez distanciados no han dedicado su talento e inteligencia a recorrer el país, estudiarlo y a organizar el resultado de su experiencia en un volumen común y corriente como éste. La mayoría de los mexicanos que nunca han salido del país quizá estén demasiado cerca del mismo para percibir y reconocer sus problemas; quienes se establecen de manera definitiva en otros países terminan demasiado alejados para aquilatar sus virtudes e interesarse por sus enigmas. Así, después de viajar mucho por México, de dar clases en sus universidades y escribir en sus periódicos, de celebrar diálogos constantes con activistas y profesionales, en los más diversos rincones del país, pero también al cabo de decenios de dictar cátedra y escribir en Estados Unidos, quizás pueda situarme en una posición desde la cual se esclarecen muchas cosas que de otra manera no se perciben fácilmente. Una infancia nómada y una educación universitaria en Estados Unidos y Francia, tal vez contribuyeron también a esta mirada.

Un esquema

El primer capítulo describe uno de los atributos más soslayados del *ethos* mexicano, a saber, un agudo individualismo y el necio rechazo a cualquier tipo de acción colectiva. Esto se confronta con la lógica del segundo capítulo, relacionada con el surgimiento de México como una sociedad de clase media —que por definición impone límites a ese individualismo y obliga a una apuesta creciente por los empeños colectivos. El tercer capítulo vuelve a un rasgo clásico

del carácter mexicano: la renuencia a todo tipo de conflicto, el respeto casi reverencial por las formas y las apariencias, el esfuerzo constante por disfrazar emociones, intereses reales, ambiciones y aspiraciones personales. Este segundo rasgo está confrontado, en el cuarto capítulo, con el advenimiento de la democracia representativa a mediados de los años noventa, y con la incompatibilidad fundamental entre los atributos sociales necesarios para convivir con regímenes autoritarios (durante más de cinco siglos), y las exigencias de una sociedad sacudida por una política democrática rocambolesca, como todas.

En el quinto capítulo se sondea una de las características que más han obsesionado a los «clásicos», desde que empezaron a preocuparse por el alma mexicana: la tendencia a la introspección, la fascinación por la historia y el pasado, el rechazo a «lo otro» —especialmente hacia todo lo extranjero—, respecto a lo cual México siempre se ha sentido una «víctima». Otra vez, este rasgo entra en conflicto con la realidad actual mexicana; este es el sexto capítulo. La economía mexicana es una de las más abiertas del mundo;* a pesar de sus monopolios y mercados restringidos México es uno de los destinos turísticos internacionales más frecuentes; las remesas que entran al país procedentes de los mexicanos en el exterior representan una de las fuentes principales de los ingresos nacionales. Más aún, pocos países poseen una relación tan cercana, compleja e intensa con Estados Unidos como México.

El séptimo capítulo está dedicado al pleito entre la tradición mexicana del absoluto desprecio por la ley —a veces por motivos justificados y comprensibles, otras no tanto—, y la visión patrimonial de la función gubernamental, así como la corrupción

* Nos referiremos con frecuencia a la apertura de la economía mexicana; debe entenderse desde la perspectiva del comercio internacional, y no de que se trate de una economía totalmente abierta a la inversión privada, y de nuevas entradas al mercado.

mexicana, mundialmente famosa, y la imperiosa necesidad de construir un Estado de derecho. El capítulo siguiente discute por qué México necesita dotarse urgentemente de una serie de instituciones jurídicas, de garantías individuales, de derechos de propiedad y de debido proceso. Esta discordancia entre la necesidad de leyes y su ausencia es más importante y apremiante que las otras, puesto que México ya goza, en buena medida, de una democracia establecida, de una sociedad de clase media y de una economía abierta —pero de ningún modo vive bajo el imperio de la ley. Al contrario, aunque la corrupción haya disminuido, el narcotráfico y la guerra relacionada contra el crimen organizado han alejado a México aún más de este objetivo fundamental. El problema es crucial, porque la resistencia a vivir de acuerdo con la ley, así como las justificaciones tradicionales para desobedecerla, están quizá más arraigadas en la psique mexicana que los otros rasgos del carácter nacional.

Finalmente, en una súplica casi desesperada por la viabilidad del cambio, y en una igualmente desesperada búsqueda de una buena razón para no descartarlo, trato de averiguar si los mexicanos radicados en Estados Unidos son diferentes, dado que viven en un contexto diferente. Hay casi un experimento «en vivo y en directo», en tiempo real, que involucra a millones de mexicanos —sobre los cuales sabemos bastante y podríamos descubrir mucho más— y que, por un motivo u otro, se han visto obligados a transterrarse a un lugar que contradice, incluso más fuertemente, su carácter nacional que el país dejado atrás. Los mexicanos en Estados Unidos viven, trabajan, se casan y se asientan en un contexto que, aunque se esfuercen por modificarlo para conservar un aire del pasado, resulta radical e inevitablemente distinto. ¿Pueden cambiar, sea de modo gradual o de la noche a la mañana? ¿Pueden adaptarse realmente a un ámbito tan diferente al «suelo donde han nacido»? Llevado al extremo, es decir, a través de estos movimientos migratorios forzados hacia el norte, y suponiendo que fuera deseable, ¿es

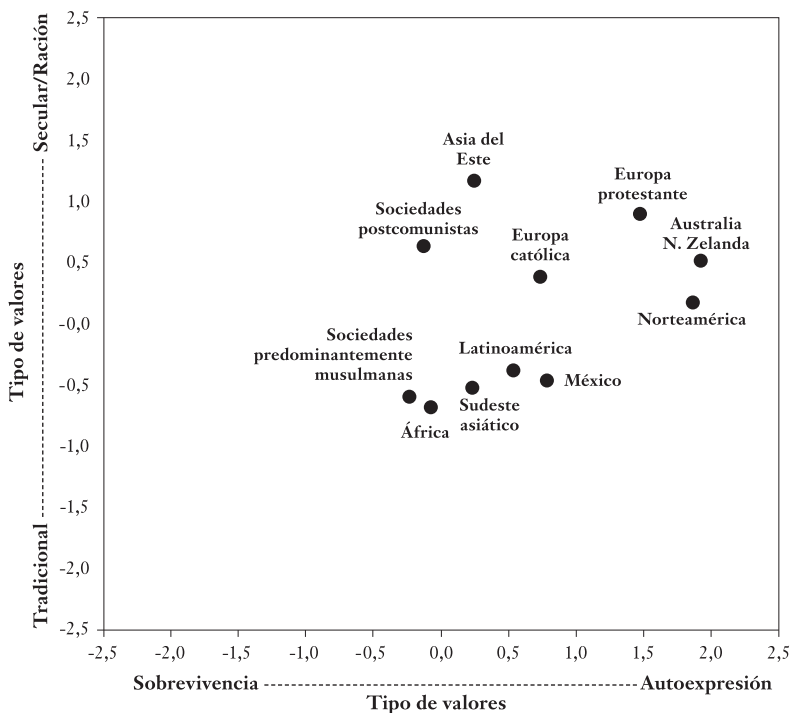
posible la modernización plena de México? O, con más optimismo, ¿pueden los mexicanos del «otro lado» adquirir los rasgos de un nuevo carácter nacional, verdaderamente compatibles con su doble nacionalidad y su doble realidad? Éstas son las preguntas del último capítulo.

¿Dónde está México? ¿Qué es México?

La relación a todas luces disfuncional entre los rasgos clásicos del carácter nacional de México y su paisaje económico, social y político —nacional e internacional—, está bien representada por una de las pocas series estadísticas de largo plazo con las que contamos sobre las creencias y los valores de los mexicanos, comparados con los del resto del mundo. En esta serie, que arranca en 1981 y termina hacia principios del nuevo milenio, se trazaron los valores nacionales en una gráfica donde el eje horizontal refleja los cambios entre las actitudes de mera sobrevivencia y las de expresión personal* —y donde la primera es considerada por el equipo de sociólogos que idearon la gráfica como «premoderna», mientras la segunda se considera plenamente «moderna». El eje vertical muestra, a su vez, el tránsito de posturas tradicionales (premodernas) hacia otras, seculares o racionales (modernas).

* 2003 para México, y en el *World Values Survey 1995-2000*, así como en el *European Values Study* de 1999, que proporcionan cifras similares para otros países.

Análisis regional del mapa cultural del mundo: posiciones promedio de subgrupos regionales y conceptuales de sociedades en dos dimensiones de valores.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores 1995-2000 y Estudio Europeo de Valores 1999. (n=85.021 casos)

Se ve con claridad que México cae dentro de la agrupación de países de bajo y mediano ingreso, con otras naciones emergentes de Latinoamérica, el Sudeste asiático, África y el mundo islámico, donde prevalecen actitudes tradicionales. No se integra al grupo de naciones industrializadas y «modernas» del Atlántico Norte, ni al de sociedades poscomunistas de Europa del Este (ahora parte de la Unión Europea); ni tampoco al de naciones prósperas del este de Asia (Japón, Corea del Sur, Taiwán, etcétera), donde las actitudes

nacionales son claramente «modernas» y de «expresión personal». Sin embargo, a juzgar por otras características —PIB per cápita, total de exportaciones, nivel de alfabetización, población urbana, cercanía con Estados Unidos, migración, entre otras— México pertenece más a ese otro mundo, generalmente asociado con la OCDE (al que pertenece nominalmente), o al grupo de países de Europa del Este o del sur. México se encuentra, en este sentido, más cerca de Polonia o de Portugal, que de Perú o de Paraguay.²

Dicho lo anterior, esta contradicción —que constituye la premisa central de este libro—, no descansa en un sustrato culturalista, esencialista, ontológico, y ni siquiera en algún tipo de reformulación de lo que los académicos llamarían determinismo cultural. Los rasgos nacionales de México han cambiado a través del tiempo, conforme sus habitantes se han adaptado a las circunstancias siempre cambiantes que los rodean. El «pasma» fundacional que implicó la Conquista y la aniquilación de las civilizaciones precolombinas —fuera por plagas, por inhumanas condiciones de trabajo o por guerras—, suele ser visto como el acontecimiento de arranque en casi toda la literatura histórica y antropológica. Pero ese hecho, aunque haya dado lugar al surgimiento de la «raza mestiza», no engendró una esencia permanente, inamovible y eterna. Desató un proceso que a lo largo del tiempo se vio afectado por otras condiciones, por otras coyunturas, por otros factores. Sí hubo un pecado original, pero los pecadores han cambiado, los pecados ya son otros, y los rituales de expiación y arrepentimiento se han transformado.*

Y sobre todo, peca por su ausencia en este libro cualquier inclinación por defender la existencia de un «*ethos* mexicano», de una mentalidad de «nosotros *versus* ellos», donde impera una hipotética sustancia superior del ser mexicano, siempre violentado

* No existe tal cosa como una esencia perenne, pero sin duda existe algún punto de partida para este largo proceso, además de contradictorio y doloroso.

y victimizado por los «otros». Toda invocación de una esencia o *ethos* nacional encierra este riesgo, y si bien creo esquivarlo, muchos autores han utilizado argumentos de esa índole para fines políticos o de clientela política. Nuestro enfoque es ajeno al determinismo cultural que postula explícitamente que son una serie de factores históricos, sociales, económicos, políticos e internacionales los que han contribuido a la formación de México como una nación moderna, no como *resultado* de su cultura nacional, sino *a pesar* de ella. Pero es hasta hoy cuando esta serie de rasgos nacionales se ha convertido en un obstáculo insuperable, y la cultura más en efecto que causa. En la importancia que se le adjudica a lo que se denomina «cultura», hay quizá en este estudio más afinidad con perspectivas como las de Gunnar Myrdal y Arthur Lewis; en el rechazo de la concepción de la «cultura» como factor inamovible del subdesarrollo prevalece una separación tajante con autores como Lawrence Harrison.³

Como lo han sugerido algunos académicos —recientemente, por ejemplo Roger Bartra y Claudio Lomnitz—, no cabe duda de que el viejo sistema político mexicano abusó de la noción de «mexicanidad» para imponer su propia definición de patriotismo y nacionalismo, así como de las identidades culturales, religiosas, étnicas y hasta lingüísticas del país. Quizá *sí* sería preferible echar al niño al agua de la bañera y descartar, de una vez por todas, la idea de que las diferencias pueden subsumirse bajo un mismo concepto; también, tal vez convendría aceptar las consecuencias lógicas de la teoría de identidades múltiples de Amartya Sen. Salvo que, incluso en la Unión Europea o la India (las dos federaciones con más diversidad de culturas, orígenes, expresiones e identidades del mundo de hoy), subsiste el factor nacional o local, posiblemente porque también sobrevive el factor legal. Pero lo más probable es que ocurra al revés: que la existencia jurídica independiente del estado-nación —aun cuando no existe una moneda nacional (la

mayoría de los casos en la UE), un mercado local y otras marcas distintivas del Estado—, sólo provenga de la persistencia del carácter nacional en cualquiera de los veintisiete miembros de la comunidad europea. Meterse con la mexicanidad constituye una empresa de alto riesgo. Pero suprimirla por una reverencia excesiva hacia ciertas corrientes de la antropología contemporánea sería exagerado, —al menos por ahora. La «mexicanidad» es un tema digno de estudio, si se le presta la debida atención al carácter diverso de su composición regional, social y étnica, a las tesis académicas sobre las múltiples identidades, o a la naturaleza inevitablemente ideológica de muchos de sus componentes, recientes o de antaño.

Este texto tampoco suscribe el enfoque neoweberiano que coloca la dicotomía entre la ética protestante y la católica en el centro del análisis, a partir del cual se tendría que argumentar que la diferencia fundamental entre Norte y Sudamérica estriba en la naturaleza de sus respectivas conquistas: al norte, los colonos noreuropeos y ascéticos, y protestantes; al sur, los conquistadores españoles, aventureros y católicos.* Aunque esta dicotomía no es del todo ilusoria y produjo importantes efectos ideológicos en la cosmogonía mexicana de los siglos XIX y XX, si acaso, el destino final fue tan importante como el punto de partida; pero aquélla es una explicación (insuficiente) de por qué y cómo empezaron las cosas, no de cómo y por qué son así ahora. La búsqueda de un origen único del *statu quo* es tan fútil como la búsqueda de una esencia singular de lo mexicano. Uno de los «clásicos» que citaré a menudo a lo largo de este estudio es Emilio Uranga, considerado en su momento como

* Tal vez la primera enunciación de un punto de vista similar a éste se encuentre en el filósofo empirista escocés David Hume que desde el siglo XVII escribió: «El mismo conjunto de modales seguirán a una nación y se adherirán a ellos estén donde estén... Las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas, se pueden distinguir unas de otras aun en el trópico». David Hume, «Of National Characters», citado en Sebastian Edwards, *Left Behind*, Universidad de Chicago Press, Estados Unidos, 2010, p. 25.

el hombre «más inteligente» de México, hasta que murió en 1988. Uranga escribió un texto brillante titulado «Ensayo de una ontología del mexicano» (1949), donde demuestra precisamente que no existe tal sustrato ontológico de la mexicanidad. Lo que hay son, cuando mucho, rasgos característicos de un pueblo, pasados por las aguas de la interpretación sofisticada de los pensadores «clásicos»: estereotipos transformados en «carácter». Rasgos que de algún modo hicieron posible que México emergiera y sobreviviera como nación, aunque nunca floreciera del todo (salvo por unos breves momentos de gloria económica en el siglo XIX). Seguimos en esas.

¿Un carácter nacional?

¿Qué debe entenderse por carácter nacional? Es algo raro: todo el mundo sabe qué significa, pero pocos pueden definirlo. Todos esgrimen descripciones medio frívolas: así son los franceses, el pueblo de China cree esto o piensa y siente de este modo; la «calle» árabe reacciona de tal o cual manera ante tal o cual suceso; los estadounidenses son como cada quien quiera. La mayor parte de estas generalizaciones contienen casi siempre al menos un grano de verdad, aunque también pueden resultar ofensivas, estereotipadas o netamente falsas —sobre todo considerando que más y más naciones, que hasta ahora habían sido relativamente homogéneas, son ahora más diversas, incluso polarizadas, y por lo mismo más introspectivas. El parloteo indiscriminado y el psicoanálisis de banqueta al que se suele recurrir en este tipo de discusiones, casi siempre redundan en puras anécdotas ocurrentes o alcanza tal grado de abstracción que termina siendo insustancial.

La relevancia del tema, no obstante, parece ser mayor ahora que nunca. El malquerido en México presidente de Francia, Nicolas Sarkozy, hijo de inmigrantes húngaros, hizo un llamado a un

debate nacional en 2009 en torno a la interrogante «¿Qué significa ser francés?», una pregunta que, al menos hace un par de décadas, hubiera sido impensable en un país como Francia. La pregunta de Sarkozy generó un paroxismo nacional y tanta discusión que, en todo caso, confirmó su pertinencia. Por mi parte, entiendo por «carácter nacional» el paquete de rasgos culturales, de prácticas y de tradiciones que comparten la mayor parte del tiempo la mayoría de los mexicanos, y que distinguen a México de las demás sociedades que, a su vez, se diferencian de México por sus rasgos y prácticas particulares. Es la famosa «comunidad imaginaria» que todos compartimos.

Pero no se prefigura en este compendio equivalencia alguna entre el «carácter nacional» de una sociedad o de los habitantes de un territorio, con la noción de «identidad cultural» o «identidad nacional» —conceptos mucho más sofisticados, útiles y a la vez contradictorios. En contraste con Sarkozy, el exprimer ministro británico Gordon Brown en el 2009 hizo un llamado al análisis de la identidad nacional, y lo relacionó con la propuesta de que los inmigrantes presentaran un examen de ciudadanía para mostrar que sabían en qué consistía ser británicos. Las dos nociones son diferentes. Una de ellas, el carácter nacional, es concebida a menudo como una versión más ligera de la primera —la identidad. Pero en realidad ésta surge de fuentes culturales, antropológicas o hasta anecdóticas distintas. A la noción de identidad se recurre con frecuencia en discusiones sobre subgrupos nacionales y en contra de la discriminación; el carácter nacional, en cambio, puede significar casi cualquier cosa. En última instancia, la identidad nacional es un concepto que define una nación ante sí misma, de un modo ontológico, histórico y con miras fundacionales: la identidad de una nación es lo que la hace como tal. El carácter nacional, por su parte, tiene que ver con cómo una sociedad se concibe a sí misma, y cómo es percibida por otros.

Ciertas sociedades identifican su «singularidad» nacional con su carácter, en oposición a su historia, religión, lenguaje u orígenes étnicos: los estadounidenses y el imperio de la ley; la insularidad inglesa; la festividad del mexicano (característica que, por cierto, 72% de los mexicanos escogió como la más distintiva de sus cualidades, entre otras diez, en una encuesta de 2008). Algunos, sin duda, podrían consagrar su excepcionalidad a través de un rasgo nacional como ese, y confundir así el carácter con la identidad nacional.⁴

El carácter nacional, entonces, es algo mucho más sencillo, maleable y superficial que la identidad nacional; pero también es más fácil de describir, sondear, investigar y cuantificar. Los antropólogos han abandonado en parte los estudios en torno al carácter nacional, pero eso no significa que en un análisis menos académico no resulte útil, aun si el concepto mismo encierra contradicciones innegables. Como ha escrito recientemente Sen, identidad no entraña unidad; aquella puede ser, o volverse, plural y diversa, particularmente bajo el impacto de la globalización o la migración a gran escala, como lo han experimentado varias naciones europeas en los últimos años. Resulta ya casi imposible que una sociedad reduzca a una sola característica su identidad nacional —religión, idioma, origen étnico, historia, credo—, y prácticamente todas las naciones contienen hoy en día la diversidad que señala Sen. En el caso del carácter nacional, sin embargo, y precisamente como resultado de su simplicidad como concepto, es legítimo seleccionar algunos rasgos dispersos y excluir otros, sin cometer ninguna omisión importante, y sin tener que subsumir una identidad nacional a una sola característica o a un puñado de rasgos.

Los enigmas son múltiples. Los países conformados por grupos de inmigrantes enfrentan problemas cuando invocan la noción de carácter nacional: para empezar, ¿a quién le pertenece? Una ya clásica cita de Octavio Paz (aunque algunos la han atribuido a Borges) afirma que «los mexicanos descienden de los aztecas, los

peruanos de los incas, y los argentinos de los barcos». A menos de que exista un credo, un mito fundacional o un sentimiento común de sí mismos, los ciudadanos de las naciones conformadas por inmigrantes muchas veces deben forjar una identidad nacional sin recurrir a un carácter nacional compartido. Los estadounidenses pueden estar de acuerdo (casi siempre) en que lo suyo es el Estado de derecho, pero no siempre resulta fácil —ni se intenta con frecuencia— encontrar y glorificar un carácter común que engarce todas las piezas del mosaico norteamericano: ingleses, irlandeses, italianos, polacos, chinos, africanos, mexicanos, etcétera. Los brasileños enfrentan un reto parecido: ¿existe un carácter común entre los descendientes de aquellos exploradores portugueses, la enorme cantidad de esclavos africanos, el grupo de inmigrantes italianos y los más pequeños agrupamientos de alemanes, judíos y japoneses, y la enorme *feijoada* que entre todos cocinaron a lo largo de los años? ¿O existen sólo un número de gustos, talentos y tradiciones comunes que, sumados, erigieron una identidad nacional: el fútbol, la música, el espíritu pionero y un entusiasmo y cinismo sin límites respecto a su futuro colectivo e individual?

Las naciones de emigrantes, como el México de hoy, deben enfrentar otros retos en el empeño de la autodefinición y en el intento por lidiar con las diferencias y similitudes entre los caracteres e identidades nacionales. ¿Cuándo se convierte una diáspora en una diáspora? ¿Pueden los emigrantes retener los rasgos de un carácter nacional previo a su partida —sus pasiones deportivas, cocina, música, vestimenta y costumbres generales— mientras adquieren, al mismo tiempo, otra nacionalidad y otra identidad nacional? ¿Durante cuánto tiempo puede el país de origen seguir incluyéndolos, si pagan impuestos a otro gobierno, se enlistan en los ejércitos de otro Estado, y votan en otras elecciones? ¿O pueden el carácter y la identidad ser tan fácilmente distinguidos que todo el mundo puede contentarse con la persistencia del uno y la disolución de la

otra? Viendo las vidas reales de decenas de millones de migrantes alrededor de todo el mundo, es cada vez más difícil responder a estas preguntas.

Ninguna solución al problema de la identidad nacional es permanente. Desde la perspectiva de este libro, lo que más importa es si una solución específica resulta funcional para el «éxito» del país. Es decir, si el país crece y florece, protege y alimenta a su población, la educa y le ofrece servicios de salud, respeta sus derechos humanos y garantías individuales, y le permite a sus habitantes elegir —más o menos libremente— cómo y por quién han de ser gobernados. Esas soluciones —parciales o totales, duraderas o efímeras— tienen que pasar un tamiz de funcionalidad. Sin embargo, encierran en ocasiones tantas contradicciones internas que resultan ser de breve duración. A veces, los rasgos del carácter nacional de una sociedad se convierten en obstáculos que impiden construir y conservar una identidad nacional funcional y estable.

Muchas naciones de emigrantes se topan con este problema; necesitan construir una identidad que sobreviva más allá de sus fronteras nacionales, y al mismo tiempo asegurarse que, dentro de su territorio, todos se sientan a salvo de agresiones externas, invasiones y violaciones. No es tan fácil. Los factores que generaron, o al menos contribuyeron, a las emigraciones o diásporas suelen ser precisamente amenazas del exterior —aparentes o efectivas. Aquí podría descansar el verdadero sentido de aquella consigna incisiva que los manifestantes latinos entonaron durante las manifestaciones de 2006 en Estados Unidos contra las restricciones a la inmigración: «We didn't cross the border; the border crossed us» (Nosotros no cruzamos la frontera; la frontera nos cruzó a nosotros). Más allá de las exageraciones, los dos objetivos —preservar un carácter nacional entre emigrados y una identidad nacional en el país de origen— pueden tornarse contradictorios, si no incompatibles.

AH1N1

Toda esta digresión inicial por los meandros del «culturalismo» simplificado reviste un propósito: intentar definir lo que se va a discutir en adelante, y ubicarlo en un contexto histórico y global apropiado. Antes de adentrarme por fin en el meollo del asunto, una tragedia relativamente reciente en México quizá pueda ejemplificar este objetivo. En abril de 2009, como ya se sabe, una epidemia de gripe porcina, o AH1N1, estalló en México y se extendió rápidamente a Estados Unidos y luego al resto del mundo. Cuando el episodio al fin se controló, y las cosas regresaron a la normalidad, habían muerto más de 100 personas en México (fundamentalmente en la capital), y alrededor de 10 mil casos se habían detectado en el mundo. Después brotaron más casos, aunque bajó el índice de mortandad. Las autoridades mexicanas recibieron justos elogios por su eficacia en el control epidemiológico y médico del AH1N1, por parte de numerosos organismos y personas, desde la Organización Mundial de la Salud hasta Barak Obama. Un año más tarde, la oms admitió que había exagerado, y el gobierno mexicano fue criticado moderadamente por el tipo de medidas que se tomaron, incluyendo haber tratado de bajarle la fiebre a los pacientes cuando muchos epidemiólogos consideraban que la fiebre es una respuesta somática de defensa contra la enfermedad.

Pero en México muchos se preguntaron por qué, en dos países que para fines prácticos funcionan como vasos comunicantes —dos países a través de cuyas fronteras cruzan más de un millón de personas y más de 15 mil vehículos de carga al día, con casi 12 millones de mexicanos viviendo de aquel lado y un millón de estadounidenses de éste— surgieron respuestas y consecuencias tan dispares en torno a la epidemia. ¿Por qué, por ejemplo, se cerraron escuelas y universidades en México durante más de una semana?

¿Por qué se detuvieron todas las actividades mercantiles y se cerraron comercios (incluyendo restaurantes) y, en algunos lugares, se suspendieron funciones de cine, conciertos y partidos de fútbol, o se obligó a la población a usar mascarillas inútiles? Mientras que Obama sugería apenas que la gente se lavara las manos y, durante la crisis, salió a cenar con su mujer y a comer hamburguesas con su vicepresidente; o ¿por qué murieron más de cien personas en México y sólo seis en Estados Unidos (una de ellas mexicana), donde la población es tres veces mayor? ¿Por qué en Nueva York sólo cerraron algunas escuelas y pararon algunos días un número muy reducido de actividades comerciales? ¿Acaso el virus no sabía cruzar el río? ¿Acaso sirvió para contenerlo el muro de Bush?

Hubo —y hasta la fecha hay— una sola respuesta sensata, no conspiratoria, para aquella brecha entre los dos países: la sabiduría acumulada y casi intuitiva de las autoridades en México las condujo, muy temprano, a concluir que si no subían los decibelios de la alarma mucho más allá de lo que merecía la situación, los mexicanos simplemente no harían caso. ¿Por qué? En parte por el escepticismo general de los mexicanos respecto a todo lo que involucra al gobierno, pero también por una serie de rasgos culturales, históricos y no poco enigmáticos que muchos habían ya detectado en los hábitos de salud e higiene locales. El más notable de ellos es, sin duda, el de la automedicación —México es probablemente la nación más automedicada del mundo. Las explicaciones varían: las visitas médicas se posponen indefinidamente porque los médicos privados son muy caros o porque para concertar una cita en un hospital público, y si acaso se consigue, se requiere de una espera infinita; o simplemente porque los mexicanos detestan a los doctores y prefieren los remedios caseros. Otra explicación tiene que ver con el nivel de educación y de ingreso, etcétera.

Pero más allá de todo esto, el gobierno no tuvo más remedio que exagerar las amenazas del AH1N1, porque de otra manera nadie

las hubiera tomado en serio. Ya después, el gobierno argumentó, quizás pecando un poco de hiperbólico, que su reacción había salvado millones de vidas. Pero tuvo razón, sin duda, al asumir que la actitud individualista e incrédula de los mexicanos debía tomarse en cuenta a la hora de diseñar la estrategia para combatir la epidemia. Así se hizo y por ello el gobierno terminó recibiendo galardones y aplausos del mundo entero.

Pero esta reacción del gobierno, atinada desde el punto de vista de salud pública, también condujo a un desastre económico. México es uno de los principales destinos turísticos del mundo. Recibe casi 20 millones de visitantes al año (90% de ellos estadounidenses); la industria del turismo es una de las fuentes más importantes de dólares, una de las mayores fuentes de empleo (2,5 millones de trabajos) directos e indirectos: y contribuye con casi 10% del PIB. La única manera médicamente sensata de responder a la crisis fue, probablemente, la que adoptó el gobierno. Sólo que en términos económicos resultó un cataclismo. En los meses que siguieron a la epidemia, los cruceros evitaron las costas mexicanas; las líneas aéreas estadounidenses redujeron sus vuelos a la mitad; las cifras de ocupación en los hoteles eran, a veces, de un solo dígito; el mundo identificaba al país con el genérico de «la gripe mexicana»; cientos de mexicanos en el extranjero fueron obligados a la cuarentena; y la economía se contrajo 10% durante el segundo trimestre de 2009, en parte como resultado de los recortes en las jornadas laborales, pero principalmente por la caída del turismo.⁵

De alguna manera, el gobierno intuyó cómo iba a reaccionar su gente y decidió responder a la emergencia tomando en cuenta un rasgo del carácter nacional. Ese rasgo resultó ser disfuncional y tuvo un alto costo en este episodio en particular. El gobierno no sabía, o no admitió, que esta respuesta resultaría indudablemente más onerosa para el país que la epidemia misma. Si las autoridades hubieran moderado su reacción y actuado de manera más gradual,

día por día, quizás las fotos de miles de mexicanos con sus tapabocas que circularon alrededor del mundo no habrían sido tomadas, el daño a la reputación del país habría sido menor, y el costo económico de todo el asunto se habría aminorado. Pero, por otro lado, la gente no habría respondido tan obediente y ordenadamente, y en vez de los 100 que murieron, pudieron haber sido 200, 300, o más. Considerando las cartas que le tocaron, el gobierno las jugó bien: el problema fueron las cartas. De eso trata este libro: de las cartas con las que los mexicanos jugamos nuestro futuro.